

Elogio y Vituperio de la Locura: “Juan Rulfo y Baco”¹

María Rosa Palazón Mayoral

...viene muy a cuento declarar que no sé qué me asombra más: si la ingratitud o la indiferencia de los humanos para conmigo. Me cortejan todos, me buscan, están satisfechos de los beneficios que les hago, y nunca, desde que el mundo es mundo, ha habido uno solo que se haya dignado alzar su voz para hacer su Elogio de la Locura.

Erasmus de Rotterdam, Elogio de la locura.

Normal y anormal. Elogio de una clase de estóridos y de sabios

La mayoría de la gente dictamina sin reparo que otros están locos; al hacerlo sigue un mecanismo del poder de dominación que paraliza y aniquila o excluye a unos individuos de la comunidad social de que se trate². Los especialistas, empezando por Freud, evitan el término equívoco de “locura”, sustituyéndolo por un lenguaje técnico, en el entendido de que la mayoría de los llamados “trastornos” mentales forman parte de la conducta cotidiana de la humanidad: sólo unas indefinidas cantidad, duración, cualidad y relaciones de “trastornos” son sintomáticas o justifican que en un espacio-tiempo histórico se hable de “anormalidad” o “enfermedad”. “Locura” es, pues, un término que carga con una enorme equivocidad incluso en el campo específico de los estudios de la psicosis.

La locura se vincula con el variable principio de realidad, es decir, con las apariencias o fenómenos experimentados y con los valores de verdad y falsedad. La mejor aproximación, contraria y sin embargo ilustrativa de estas nociones que conozco, es la alegoría de la caverna de Platón (libro VII de la *República*): imaginemos una caverna subterránea que deja paso a la luz por un abertura. Desde su infancia en ella se encuentran encadenados del cuello y las piernas unos hombres, de modo que sólo pueden ver los objetos que tienen delante. A su espalda, a cierta distancia y altura, hay un fuego; mediando, entre éste y los cautivos, un camino escarpado a lo largo del cual pasan figuras de portadores humanos o animales. Los presos sólo ven las sombras reflejadas en un muro que tienen adelante. Si pudieran hablar, nombrarían a las sombras igual que a las cosas, y si en la caverna hubiera ecos, se figurarían que oyen hablar a las sombras que pasan frente a sus ojos. Imaginemos ahora que los prisioneros son libertados, que se levantan, vuelven la cabeza y caminan mirando hacia la luz. Inicialmente quedarán encandilados; en su perplejidad creerán que las sombras que miraban antes eran más reales que lo que ahora se les muestra. Al salir de su morada a la luz del sol, después de la ofuscación inicial, gradualmente irán obteniendo la visión de lo real y verdadero. En caso de que les relataran a sus antiguos compañeros cautivos su nueva perspectiva, serían tachados de locos. Platón explica que la caverna es el mundo sensible; la luz del sol

¹ Agradezco al Dr. Eugenio Barberá por su colaboración en este trabajo.

² Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. Traducción de Juan José Utrilla. 6a. reimp. México, Fondo de Cultura Económica. 2 v., 1992 (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 191). Véase del mismo autor *Locura y civilización* (editado originalmente en 1961).

es la razón; los cautivos que suben a la región superior son las almas que se elevan hasta la esfera inteligible (y que en su tránsito de la oscuridad a la luz padecen turbaciones). Éstas son dignas de felicitarse, mientras los presos merecen compasión por su ceguera respecto a las ciencias o conocimientos. Platón añade que la facultad de ver, esto es, de aprender o saber, de naturaleza divina, es innata, aunque sólo se elevarán de las tinieblas los que sigan el camino de la filosofía, que llega hasta el ser.

Para Erasmo de Rotterdam el principio de realidad — esa luz o razón — se desenvuelve históricamente: nunca llega a verdades inmutables, a esencias o ideas, sino que siempre se está en camino, sin que exista una meta final llamada la Verdad, a que deba llegar el alma. Y, agrego yo, constantemente avanzamos y retrocedemos lo andado en la caverna.

En realidad no hay diferencia entre los que sumidos en las sombras de su ignorancia, la caverna de que hablaba Platón, se dejan engañar por las apariencias de las cosas, sin desearlas y sin satisfacerse con ellas, y el sabio que las ve tal como son en la realidad.³

Alma y cuerpo.

“¿Acaso los sabios y orgullosos filósofos, bajo el precepto de que es defecto humano que agrade y admire más una cosa cuanto menos se la comprende”⁴, han acuñado argumentos capciosos, y, queriendo emular a los dioses y a los titanes, declaran la guerra a la naturaleza, dividiéndonos en alma inmortal y en su “cárcel”, el “maldito y sucio” cuerpo, que debe reprimirse?

Objetando tales represiones sexuales, con que nos agobian los que detentan el poder moral, y deshaciendo tales argumentos orgullosos, desde su tumba pregunta Juan Preciado, protagonista de la novela *Pedro Páramo*, a la sabia Dorotea, su vecina de camposanto:

—¿Y tu alma? ¿Dónde crees que haya ido?
—Debe andar vagando por la tierra como tantas otras [...]tal vez me odie por el mal trato que le di; pero eso ya no me preocupa. He descansado del vicio de sus remordimientos[...]. Cuando me senté a morir, ella rogó que me levantara y que siguiera arrastrando la vida, como si esperara todavía algún milagro que me limpiara de culpas. Ni siquiera hice el intento: ‘Aquí se acaba el camino — le dije. — Ya no me quedan fuerzas para más’. Y abrí la boca para que se fuera. Y se fue. Sentí cuando cayó en mis manos el hilito de sangre con que estaba amarrada a mi corazón.⁵

Para los racionalistas es un disparate ensalzar la ignorancia, y es vivir en el error defender la sandez; pero qué sea ésta depende de la cosmovisión desde la que se juzga, porque, desde el ángulo de cada una, las demás caen, más o menos, en este hipotético defecto: se puede venerar la Verdad y la Razón; pero éstas, escritas con mayúsculas, como si fueran eternas e inmutables, son una invención, una locura o arrebató de fe, aunque sostengan haberlas alcanzado los que se llaman a sí mismos mediadores de Dios, o científicos, o filósofos.

³ Erasmo de Rotterdam. *Elogio de la locura*. Trad. de F.L. Alvarez. 4ª ed. México, Diana, 1961, p.80.

⁴ Cit., p.20.

⁵ Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*. Ed. a cargo de Carlos González Boixo. 3ª ed. Madrid: Catedra, 1985, p. 135 (Letras Hispánicas).

Si, como imaginó Platón, contempláramos el universo desde las alturas de Júpiter, o del Sumo Bien, nuestra única esperanza sería el suicidio, por el que optó Eduviges Dyada, personaje de *Pedro Páramo*. Rulfo, ante la fuerte incidencia en Comala de la religión, que se dice poseedora de la Verdad del Verbo, afirma que ella ofrece falsos consuelos y genera actitudes inhibitorias que condenan, no salvan. En esta novela la desquiciada Susana San Juan ejerce esta función crítica al enfrentarse a Justina, rebatiendo la idea de pecado como una ilusión. Y en el lado opuesto, Rulfo ejemplifica las consecuencias del pecado con el incesto de dos hermanos que, bajo la presión de la culpa, se llenan de erupciones cutáneas, jiote o sarpullido y acaban trasmutados en barro. El ánima “pecadora” no está condenada, si no cree en culpas. Por eso Pedro Páramo exclama con plena seguridad que su amada se halla en el Cielo: “mucho más allá de todo estás escondida tú, Susana. Escondida en la inmensidad de Dios, detrás de su Divina Providencia, donde yo no puedo alcanzarte ni verte y adonde no llegan mis palabras”⁶. Para redondear, Rulfo escribe que no hay nada peor que quienes para llamar la atención tiemblan de miedo y de culpa.

Sí, “Déjalo solo. Debe ser un místico”.⁷

Afortunadamente, para combatir tanta sensatez frustrante están, dice Erasmo, los pobres de espíritu y la generalizada ignorancia, la inconsciencia que remedia las calamidades humanas, y que no se deja arrastrar por las propias miserias, ni se agobia con la culpa ni con la muerte. Hasta hace poco, la estolidez era considerada una forma de “locura”. En Grecia se hacía descender a esta última de Pluto, dios de las riquezas, por cuya falta de criterio en la distribución de bienes, se le representaba ciego y cojo. Lo lamentable es, dice Erasmo, su morosidad en socorrer a los necesitados; pero no debe inculparse de su loco desprendimiento cuando hace feliz a tontos y a listos, y lo hace porque la felicidad no está en las cosas, sino en el concepto que nos hacemos de ellas. Luego, la locura no sólo es confundir una cosa con otra — una calabaza con una mujer, por ejemplo — ni cualquier trastorno de los sentidos, sino que es una falta de juicio o sentido común que se manifiesta en accesos de alegría, de diversión, como deleitarse con el rebuznar de un jumento cual si se tratara de una sinfonía; ponderar con entusiasmo las virtudes del otro; considerar a la propia esposa una Penélope rediviva, o siendo ésta horrible, un portento de hermosura; estar seguro de que, después de rezarle una oración a santa Bárbara, se volverá ileso de la guerra; disfrutar de los placeres mundanos creyendo que también se ganará el Paraíso; disponer los propios funerales, detallándolos con minuciosidad, como si hubiera de presenciarlos; o creer que se gana la gloria eterna recitando diariamente siete versículos de un salmo. Locos felices son: los que con “fealdad de mico” se miran como un Adonis; los pueblos que tienen un santo patrón particular con peculiares atribuciones — curar el dolor de muelas o ayudar a las parturientas; o quienes pintan exvotos (a propósito, especifica Erasmo, nadie ha hecho uno por curar la siempre atractiva idiotez). “Diré imitando a Virgilio: ‘Cien bocas, cien lenguas y una voz de bronce habría de tener y no me sería posible dar a conocer la infinita variedad de locos ni enumerar todas las clases de locura’”⁸.

Un loco de este tipo es, por definición, veraz. En la vida, como en el teatro, la gente común representa varios papeles diariamente: con una lengua dice la verdad y con otra lo que le conviene; en cambio el loco es franco y sincero sin que escandalice a nadie, sino que todos ríen y celebran como una gracia que diga verdades que llevarían a otros a la horca.

La locura en cuestión se basa en el amor propio, en la satisfacción de sí mismo. Cada cual debe lisonjearse y cultivar su autoestima porque es condición de su

⁶ Cit., p.77.

⁷ Cit., p.122.

⁸ Erasmo, 1961, p.74.

dicha: bien decimos, observa Erasmo, que el loco canta, ríe, bromea mientras los “sesudos” normales compiten, recelan y se envidian.

En suma, sigue diciendo, a la locura la amamantaron la embriaguez, hija de Baco, y la simpleza, hija de Pan. Su espontaneidad es causa de la belleza de Venus: igual que toda persona loca, que, por lo mismo, se ama, esta diosa es feliz y espontáneamente buena y contraria a la adulación. Si el “amor propio” es como pasarse la mano por el lomo, expresa gráficamente Erasmo de Rotterdam, aquélla — la adulación — es pasársela a los demás, no de manera mansa e inofensiva, sino llena de perfidia e interés.

La belleza personal y la locura nunca adulan; sí son espontáneas; pero no adoran al dios Baco, porque éste ahuyenta las penas por poco tiempo: libre de los vapores del vino, las intranquilidades del individuo vuelven a aparecer en tropel, mientras que los beneficios de la llamada falta de juicio o cálculo son eficaces y duraderos; ella — la locura — nos sumerge en una constante embriaguez y no exige nada en pago. Esta “diosa” reparte los bienes que tanto ansían los hombres sin pedirles incienso, pan ni cordero. Tampoco ceremonias, ni monta en cólera porque no se le rinda culto público, sino que llena a sus devotos de una estupenda imaginación creativa.

La loca sabiduría

Las doctrinas dualistas que nos escinden en cuerpo y alma arraigaron en varias culturas que desde entonces llamaron “locura” a la “alienación de la razón”, siendo “razonable” lo que, desde el lugar que aquéllas ocupaban en la caverna de la historia, lo aceptaban como algo común, conforme a la norma o “normal”. Y he aquí el primer error: la normalidad deseable no siempre es la capacidad de comportarse de manera adaptada a un contexto definido, aunque sí lo haya sido o lo sea en otro contexto individual o de la especie (por ejemplo, la infancia). Adaptado no es, pues, sinónimo de deseable o adecuado socialmente.

Para Erasmo de Rotterdam lo adecuado resulta de la alianza de lo anormal, “lo loco”, con la prudencia que vence dos obstáculos: la timidez, que nubla las ocurrencias, los pensamientos, y el temor que magnifica los peligros, alejando de empresas importantes a quien lo sufre: son pocos los inadaptados que captan adecuadamente las ventajas de no sentir vergüenza y lanzarse con audacia y pasión. Séneca, continúa Erasmo, opinaba que el sabio huye de las pasiones; el filósofo que siguiera este consejo sería como una deidad inexistente, una estatua con figura, y sólo figura, humana. En suma, nadie puede poseer la sabiduría si no se deja conducir por la pasión y el arrebato, o sea la adecuada desadaptación. Luego, dejemos de considerar lo “exótico” como problema mental o desviación y busquemos entenderlo desde una perspectiva colectiva, desde los beneficios o maleficios que reporta a la especie humana.⁹ Amén de que nadie poseerá la sabiduría ni la felicidad sana, si no se deja conducir por la locura de que estamos hablando. Es obvio, sin embargo, que desde el punto de vista individual (exceptuando, quizás, el caso del estólido “profundo”), cada uno de tales “locos” será rechazado por los adaptados a los aspectos no deseables o negativos de las organizaciones sociales de que se trate.

Por boca del propio Erasmo habla la locura, la que sin preparación de ningún género dice lo que le viene a la boca — nadie puede llamarse engañado si en todos lados es idéntica a sí misma (piénsese en la cautivadora honradez y veracidad de don Quijote): “Lo que no quiero callar es que, sin mi estímulo, no puede realizarse

⁹ De Lannoy, Jacques-D. y Feyereisen, Pierre. *La etología humana*. Trad. María Dolores de la Peña. México, Siglo XXI, 1989, p. 43-5. (Psicología, Etología y Psicoanálisis).

ninguna acción brillante ni acometer ninguna empresa de importancia”¹⁰. El loco reclama las palmas de la sabiduría, de la transformación: “Todo lo que en la Tierra se hace es obra de locos y para locos, y el que quiera apartarse que siga el ejemplo de Timón [filósofo ateniense famoso por su misantropía]: retirarse a un yermo para gozar libremente de su sabiduría y de la paz de la naturaleza”.¹¹

San Pablo recomienda: “Quien de vosotros que se crea sabio, como loco ha de proceder para hallar la verdadera sabiduría”.¹² Si se tiene la locura de la fe, es indiscutible esta sentencia de san Lucas: “La locura del Señor vale más que la sabiduría de las criaturas”.¹³

Y ¿cuál de los hechos mundanos es reconocido como el cambio creativo por excelencia? La vida, que brota hasta donde no la sabemos encontrar, y esto último porque, igual que los Silenos (sátiros que acudían donde se hacía vino), no nos percatamos de que aquello que por fuera es imagen de la muerte, dentro está lleno de vitalidad. “Empecemos fijándonos en el interés que la madre Naturaleza ha puesto para que a nada le falte su toque de locura”¹⁴, ¿de qué naturaleza habla Erasmo? Pues de la naturaleza viva, aunque no toda la naturaleza es vida. Y también quede claro que la vida de los hombres (y los dioses) procede de la unidad psique-cuerpo que, por alguna insensatez, han sido separados.

*¿Con qué se reproducen los dioses y los hombres?...lo hacen con aquellas otras [partes del cuerpo] que no se pueden citar sin provocar el rubor o la risa, y que, sin embargo, forman el sagrado manantial del que fluye la vida con más exactitud que la que ofrecen las tablas de Pitágoras.*¹⁵

Inocencio Osorio, personaje de la novela rulfiana, mago, provocador de sueños, pulsador de sangre, curandero y sobador, bien sabía de tal unidad, y por eso mismo este “embaucador” acababa metiéndose entre las piernas de las mujeres hasta producirles calentura.

Arte y locura.

No basta con demostrar que la locura es el origen de la vida, sino admitir cuánto le debemos a su liberalidad. “Estar loco” es hallarse muy entusiasmado, como en un raptó sagrado, de amor o poético (*Fedro*)¹⁶: “El vulgo dirá de mí lo que quiera, pero lo cierto es que no soy tan insensata como se cree, puesto que nadie posee como yo el secreto de divertir a los dioses y a los hombres”¹⁷. Porque los mayores bienes nos son otorgados por ella, hija de Hebe, ninfa de la juventud, don que nació en las Islas Afortunadas [Las Canarias], en donde el suelo produce sin ararlo, donde no hay enfermedades ni vejez.¹⁸

Ella, amor a la vida (¿qué sería de ésta si le quitasen el placer?)¹⁹, inspira al artista: Horacio dijo que era “juguete de una locura amable”; y en el *Fedro*, Platón

¹⁰ Erasmo, 1961, p.42.

¹¹ Cit., p.46.

¹² Cit., p.130.

¹³ Cit., p.131.

¹⁴ Cit., p.34.

¹⁵ Cit., p.25.

¹⁶ Platón. *Diálogos. Hippias Mayor, Ión, Fedro*. Introd. y trad. de Juan D. García Bacca. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965. (Nuestros Clásicos, 29). Este asunto fue retomado en Curtius, Ernst Robert. *Literatura europea y Edad Media latina*. Trad. de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre. México, Fondo de Cultura Económica, 1955. p. 426 y 427. (Sección de Lengua y Estudios Literarios)

¹⁷ Erasmo, 1961, p.15.

¹⁸ Cit., p.22.

¹⁹ Cit., p.26.

aseveró que los locos transportes de los amantes, las palabras de los oráculos y las sublimidades de los poetas son encantos de la vida: “Pero es el caso que los máximos de entre los mayores bienes nos nacen en accesos de locura [...]. Porque en trances de locura la profetisa de Delfos y las sacerdotisas de Dodona hicieron muchas y bellas obras”²⁰ con su arte “maniática”, también propia de las musas: “quien se llegare a las puertas de la poesía sin estar tocado de locura de Musas, confiado en que la técnica le bastará para ser poeta, es un fracasado [...], la poesía del perito palidece frente a la de quien está poseído de locura de Musas”,²¹ la que cualquiera desea disfrutar porque se manifiesta como “un agradable extravío que libra al espíritu de sus preocupaciones y pesares y lo sumerge en un baño de delicias”²² con que nos sobreponemos a nuestras adversidades. Amantes, sibilas y escritores pueden asegurar que no viven en sí y que gozan tanto más cuanto más están fuera de sí. Al serenarse pasan por un trance en que no saben si están despiertos o soñando, conservan vagos recuerdos de sus delirios y no aciertan a precisar lo que han visto en su éxtasis; sólo recuerdan que durante éstos han sido profundamente felices, por lo cual lamentan haber recuperado la razón, la normalidad, y ansían volver a gozar de sus extravíos.²³

Por ningún concepto todos los mitopoetas le están directamente obligados a la locura, sostiene Erasmo, porque los hay que se dedican a regalar los oídos de los necios con bagatelas y fábulas sin importancia. Son una caterva de aduladores y adulados que ella protege, pero no guía.

*...el escritor que me rinde culto ciego es mucho más dichoso porque ¿hay locura más dulce que la suya, puesto que sin esfuerzo y sin tener que pasar las noches en vela, escribe con facilidad todo lo que se le ocurre, todo lo que afluye a los puntos de su pluma, sin más gastos que esa misma pluma y unas hojas de papel? Él sabe perfectamente que cuantas más estupideces escriba, más ha de agradar al público.*²⁴

Hay grandes escritores que son, en contrario, dignos de lástima, anota Erasmo, porque atormentados añaden, tachan, modifican, guardan su manuscrito durante años, vuelven a modificar y ni aun así están satisfechos.²⁵ ¿Qué recepción tendrá su obra? Inicialmente será emponzoñada a causa de sus mismos méritos — su extravagancia o creatividad —, y también a causa de la inseguridad o falta de amor propio que el mismo autor deja entrever. Después, si alcanza la fama, se convertirá en un ídolo y empezarán a hacerse, como se hacen de Jesús malas imágenes pintarrajeadas, críticas llenas de alabanzas, faltas de información y de creatividad, o sea de locura feliz, y conste que nadie es feliz si no cuentan con la protección de ella y se incluye entre sus amigos.²⁶

Obviamente acabo de relatar las vivencias de Rulfo, tan despreciado en los inicios de su carrera literaria y al final de ella tan aplastado por las expectativas acerca de su “genialidad” literaria, que pudietron haber contribuido a empujarlo al reino de Baco.

¿Habrá mentecatos (aplico un calificativo erasmiano), que no perciban que Juan Pérez Rulfo, el tímido muchacho que presencié el asesinato de su padre, vivencia

²⁰ Fedro, 1955, p.107.

²¹ Cit. p.108.

²² Erasmo, 1961, p.66.

²³ Cit., p. 139-40. Los tratados de psiquiatría y psicología tienden a simplificar el asunto llamando a esta locura “delirio” y parangonándola con cualquier tipo de delirios. Véase Ey, Henri; Bernard, P. y Brisset, Ch. *Tratado de psiquiatría*. Pról. de Juan Obiols y J. J. López-Ibor, trad. y notas Carlos Ruiz Ogara, adaptación de la 8ª ed. Aurelio López Zea, 8ª ed. Barcelona, Toray-Masson, 1978.

²⁴ Erasmo, 1961, p.91-2.

²⁵ Cit., p.91.

²⁶ Cit., p.99.

descrita en un pasaje de la novela que estamos analizando, donde queda identificado con Pedro Páramo, fue un innovador que trabajó mucho su texto lleno de fantasías, que dejan sentir su profundo desconuelo, su dolor abismal? ¿Los psicoanalistas intuirán un desdoblamiento del autor en cuestión en Juan Preciado y Pedro Páramo?, ¿acaso en Susana San Juan el escritor vuelca sus inclinaciones edípicas? Lo único que puedo decir es que la estructura de la novela es rabiosamente creativa, desconcertantemente enredada y ambigua: loca, pues, de remate: “Y pienso que lo lógico, puesto que os habla la Locura, es que os designe con el epíteto de locos. ¿Puede darse otro más honroso? Escuchadme, pues, locos de remate”.²⁷ Quienes traten de dar un ordenamiento demasiado coherente a *Pedro Páramo*, novela fragmentaria y desordenada cronológicamente, cometerán un asesinato porque ésta se presenta como un gran misterio que al tratar de desenredarlo, se enreda más: los tiempos se trastocan, se rompen las fronteras espaciales, la ficción le roe los talones a la realidad, nunca podemos precisar registros (y poco ayudan las entrevistas que se le hicieron al autor) de las creencias que existieron en la población abordada y en la mente de Rulfo. Nunca será sencillo marcar una línea de separación entre las fantasías mágico-religiosas de la obra y las lúdico-poéticas, entre lo simbólico y lo no simbólico, entre delirios y no delirios, entre las palabras y las cosas. Lo que pasa en la caverna rulfiana, la que deliciosamente huele a miel derramada pero que camina a marchas forzadas a su aniquilación, según el narrador de *Pedro Páramo*, no es irreal. Tampoco está libre de ideas desbocadas. Es una representación poco clara de hechos enrevesados, mezclados con el nebuloso reino de lo ficcional, de lo imaginario.

Rulfo engendra una Comala espeluznante y hace una correcta interpretación aparental de ella: llano verde, amarillado por el maíz, tierra blanqueada, vista hermosa. En su novela remite a un marco biográfico (la niñez y adolescencia de él, la muerte de su padre y posteriormente de su madre — un universo de muertos que llaman desde su tumba a un muchacho que terminó en un orfanato de Guadalupe) e histórico-cultural (la rebelión de los cristeros y la atmósfera conservadora, llena de soledad que se despliega a los pies de la Sierra Madre, donde sopla mucho viento, donde se habla poéticamente, donde el tiempo no pasa y hablan los personajes desde el no-tiempo de sus tumbas; donde la locura infernal (cf. *infra*) no es privativa de nadie y sí de todos.

La literatura maravillosa del tipo rulfiano molestaba a Erasmo; aunque parece que éste tuviera en mente al escritor mexicano cuando dice que algunos prodigios:

*...tienen un especial encanto cuando se relacionan con aparecidos, fantasmas, posesos y seres milagrosos, pues cuanto más se aparten de la realidad [percibida por el común de la gente] esos relatos, tanto más crédito les prestan y con tanta mayor atención los escuchan y los repiten. Esos cuentos y consejas contribuyen a matar el tiempo, y, además, son una fuente de ingresos, sobre todo para los que rezan responsos y para los frailes predicadores.*²⁸

y para los escritores que los recogen, les dan forma y nos los entregan para nuestro deleite. Por ejemplo, el texto de Rulfo.

Vituperio de la locura

Por encargo de su madre moribunda, Juan Preciado llegó a Comala lleno de sueños, con la ilusión de conocer a su padre y ajustar cuentas con él. Se encontró con un pueblo deshabitado, de techos caídos y tejas en el suelo, lleno de paradójicos

²⁷ Cit., p.20.

²⁸ Cit. p.71.

susurros mudos, “como los que se oyen durante los sueños”²⁹, de voces del recuerdo (de la Doloritas), de ecos del pasado, de angustia. Sitio donde destaca la figura del cacique Pedro Páramo, eterno enamorado de Susana San Juan, que fue joven débil y adulto autoritario, “rencor vivo”³⁰ que causó tan enorme mortandad después de que asesinaron a su padre, que casi acabó con los asistentes a la boda en que éste, Lucas Páramo, iba a fungir como padrino. Pedro, al que Damiana Cisneros invitó al mundo de los muertos y él se fue desmoronando como un montón de piedras. Y también destacan los difuntos Miguel Páramo, Abundio (que como cancerbero guía a Juan Preciado al mundo de los muertos), Eduviges Dyada, a quien Doloritas le avisa con un hilito de voz, y esto porque apenas llevaba siete días de muerta, que Juan Preciado llegará a Comala. Eduviges que debía morir junto a la madre de Juan Preciado, que sabía acortar veredas para llegar a la eternidad, que dizque concibió un hijo, en un sueño bendito, y del que alucinó sentir que su corazoncito palpitaba, hasta que lo perdió durante un sueño maldito que le diagnosticó sentimientos maternos en un cuerpo estéril. Eduviges, que se asomó en el cielo por si entre los ángeles reconocía a su pequeño y después regresó a descansar, procurando ser buena para que su purgatorio fuera menos largo. Eduviges, a quien Juan Preciado creyó que estaba loca hasta que ya no creyó nada.³¹ Allí, en la Comala rulfiana, se percibe el trote del Colorado, el caballo de Miguel Páramo que va a la Media Luna y viene de allá, buscando a su amo, quien ocasionalmente se “afigura”. También se percibe el bisbiseo apretado como enjambre³² de Inocencio Osorio, amansador de caballos, del padre Rentería, siempre del lado de los ricos, porque de los pobres no obtiene nada, y de Dorotea, la limosnera que arrulla un molote o envoltura alargada porque lo imagina su crío. También por allí deambulan Damiana Cisneros y Fulgor Sedano y Filomena, Melquiades, Prudencio y Sóstenes; y allí, en un cuarto, se percibe el grito del ahorcado Toribio Aldrete, y vaga Sixtina, que quizás falleció de tristeza, aunque no es la única porque a ciertas horas Comala se llena de un “gentío de ánimas sueltas”³³, tantas, que los pocos vivos del lugar no podrían rezarles con el objeto de que se liberen de sus penas. Allí, Juan Preciado enflaquece con sus sueños y el miedo a los murmullos lo mata.

Para colmo, en esta horrible caverna: se mientan lugares como Contla, que “no se encuentran”; todos se acusan de no estar en sus cabales³⁴; el rumor del silencio se rompe al caer la polilla; las mujeres se deshacen en su sudor o se desbaratan como el lodo. Sí, el de *Pedro Páramo* es un mundo infernalmente loco, donde, por ejemplo, no se copula cuando la luna está brava³⁵ o se regresa al lugar en que se dejaron los pensamientos³⁶: “muchos famosos escritores me han celebrado en sus obras [...]. De este modo no se dirá que yo sola me elogio ni podrá afirmarse que no ando en buena compañía”³⁷ “porque el espíritu humano está organizado de tal manera que le es más grata la ficción que la verdad”³⁸ de los cuerdos.

El “Eclesiastés”, capítulo X, señala que para el loco todos lo son, y se pregunta si hay mayor modestia que igualar el mérito de los demás al propio³⁹. Rulfo lo iguala todo. En *Pedro Páramo* sólo hay pensamiento desordenado, cada cosmovisión descrita está montada en percepciones falsas, en desilusiones. Es un ámbito delirante

²⁹ Cit. p.115.

³⁰ Rulfo, 1985, p. 68.

³¹ Cit., p.74.

³² Cit., p.128.

³³ Cit., p.119.

³⁴ Cit., p.127.

³⁵ Cit., p.82.

³⁶ Cit., p.193. Originalmente Rulfo ubicó la acción en Tuxcacuexco, municipio de Ciudad Guzmán, Jalisco, regado por el mismo río que Comala, Colima.

³⁷ Cit., p.121.

³⁸ Cit., p.79.

³⁹ Erasmo, 1961, p. 125.

donde se piensa que los demás son hostiles y extraños, a pesar de que “Nadie anda en busca de tristezas”⁴⁰.

Existe, no obstante, una esperanza: la humedad remueve a los muertos y despiertan. Pero la psicosis de Baco es cruel y coarta el optimismo: desgraciadamente ellos no retoñan⁴¹.

Dos locuras y un humor

Después de analizar *Pedro Páramo* desde la perspectiva de Erasmo, concluimos que “locura” no significa que unos espíritus malignos se han apoderado de un cuerpo, ni normalidad ni anormalidad, ni adaptado o inadaptado, ni sandez, ni extravagancia, ni atentar en contra de una razón siempre igual a sí misma, y de una Verdad con mayúsculas. Todas estas calificaciones surgieron cuando por razones ideológicas y de dominación fueron estableciéndose los cotos de lo serio y lo no serio, lo verdadero y lo falso, lo real e irreal, lo sensato y lo fantasioso, lo loco y lo sano. Si es que el término “locura” aún es rescatable, nos remite a sus dos clases o tipos de que habló Platón en el *Fedro* y que retoma Erasmo en su *Elogio*... La primera es el frenesí creativo, el entusiasmo, la bondad y belleza de los pobres de espíritu y de ciertos sabios. Es madre de la vida. Esto es, las anormalidades deseables, las que, con perdón de Hipócrates, no son una enfermedad sino un modelo de salud mental, que se manifiesta en el amor y en el juego, entendido éste como un comportamiento de sobreabundancia, es decir, que se realiza por una plenitud o descarga de energía sobrante, por una exuberancia productiva⁴² y como una conducta básica que establece un trato laxo con el tiempo — se vive el momento en que se juega con inmenso gozo, como si fuera un presente que dura. El juego toma cuerpo también en la creación literaria inspirada, o, si se prefiere, ésta es una forma sublimada de juego, que, como hemos visto, no es un fenómeno periférico ni un comportamiento ocasional que interrumpe el curso de las acciones serias, sino una necesidad existencial que además tiene resquicios de parecido con el sueño. Luego entonces, *Pedro Páramo*, como novela que el poder de dominación llamaría absurda o “loca” en el sentido despectivo, nos pide que revivamos al niño jugueteón que llevamos adentro, aunque de ninguna manera es una manifestación cultural pueril. Leerla es, además, practicar lo contrario a la *diagoge*, en el sentido aristotélico, o capacidad que aguza unilateralmente una de las facultades, sino que enriquece la totalidad de facultades del sujeto que la recibe: nos satisface intelectual y afectivamente porque lleva un sistema completo y complejo de razonar y una indecible cantidad de afectos. Como lo sacro y el culto nos eleva a las regiones más altas (Platón, *Leyes*, VII, 803) y se mueve en estadios mágicos que antropomorfizan el universo entero (igual que una niña vivifica a su muñeca o el creyente la imagen de un santo).

Pedro Páramo es indiscutiblemente producto de un creador vidente cuyos antepasados fueron el profeta, el mago, el sacerdote y los mitopoetas. Mientras degustamos su obra, tenemos la impresión — por ser arte y por la temática que aborda — que Rulfo nos ha metido en un espacio-tiempo sagrado donde, si queremos participar, es menester que nos pongamos fuera de sí, que a ratos perdamos de vista que es una puesta en escena. La diferencia entre la literatura y un libro sagrado

⁴⁰ Rulfo, 1985, p.146.

⁴¹ Cit., p.174.

⁴² Schiller. *Carta XXVII sobre la educación estética del hombre*. Intr. de Jaime Feijóo, trad. y notas de Jaime Feijóo y Jorge Seca. Barcelona, Anthropos y Ministerio de Educación y Ciencia, 1989 § 3, p. 363. (Textos y Documentos Clásicos del Pensamiento y de las Ciencias), Véase también Fink, Eugen Fink. *Oasis de la felicidad*. Trad. Elsa Cecilia Frost. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966.

es que los creyentes de éste, los que tengan fe en su verbo, no separarán la realidad de su fondo lúdico o literario: mezclarán más íntimamente lo real con lo aparente y simbólico (las sombras de la caverna en que les tocó vivir). Actuarán bajo otro principio de realidad. En oposición, esta novela es como un ensueño que satisface deseos no verificables. En ella las frustraciones de Rulfo afloran, más allá de la oposición sensatez-necedad o “locura”. Y nosotros, por nuestra parte, extraemos placer de la tragedia — la compartimos de alguna manera porque también es nuestra tragedia —, porque hemos sentido la dislocación histórica (que en la novela se concreta con la división en el cronotopo de Juan Preciado y el de Pedro Páramo y las múltiples discontinuidades o interpolaciones; por ejemplo, los recuerdos de Comala de Doloritas y los pensamientos amorosos de Pedro Páramo por Susana San Juan, que nos hacen dar vertiginosos saltos). Y extraemos placer por la maestría lingüística con que las experiencias rulfianas y nuestras han quedado plasmadas.

Tales magníficos usos del lenguaje demuestran que cuando escribió *Pedro Páramo*, Juan Rulfo no estaba delirando; pero también creo que demuestran que él bajó hasta el infierno de los delirios de Baco, que conoció la psicosis: la alucinación, el delirio que borra las fronteras del principio de realidad (que se maneja en un momento histórico), confundiendo vida y muerte, sueño y vigilia, hechos y ficciones, amor y odio, el tú ajeno y el yo mismo. Las vivencias de Juan Preciado y de los demás personajes de *Pedro Páramo* están impregnadas de ambigüedad, de una enorme incertidumbre, de una gran perplejidad y de un terror creciente que se aleja de la deseable “locura” para adentrarse en una delirantemente fantásica búsqueda del padre y la madre y del paraíso perdido (simbolizado en la Comala que conoció Doloritas: poblado fértil, lleno de agua y árboles, de clima ideal que fue siendo abandonado por causa del hambre, de la soledad y de los desengaños históricos).

Sólo alguien familiarizado con los delirios del alcoholismo pudo ensamblar una especie de viaje iniciático hacia las raíces del yo (de Juan Preciado), que termina con una inmensa decepción y pérdida de las esperanzas. ¿Será indicativo de algo el nombre “Pedro Páramo”?, porque si Rulfo eliminó de su nombre la sonora P de Pérez, esta letra acaba repitiéndose como eco en la aliteración del título de la novela (también las iniciales de Juan Preciado se corresponden con las suyas).

El infierno de Baco

Hablemos un poco más de la segunda clase de locura. Platón y el mismo Erasmo enseñaron que ésta es bifronte: ha sido identificada por el poder de dominación con el “ocio”, con las conductas anormales y extravagantes de los estóridos, de los rebeldes y de los sabios, con el frenesí y el éxtasis, con el juego y demás “pasatiempos artísticos”, siendo que todos estos hechos dan placer o proporcionan momentos de felicidad. Denominando “locuras” a tales hechos y comportamientos, el poder de dominación aniquila nuestros (potenciales) instantes de felicidad, que alcanzamos en el juego, las artes y el sueño, “locuras” amables, igual que hay gente “loca” o digna de ser amada por su bondad o espontánea y sincera belleza : “Se puede ser todo lo loco que se quiera con tal de tener la virtud de reconocerlo”⁴³. Pero el asunto no es tan fácil. Así como Sócrates enseñaba que hay dos Cupidos (el egoísta y el caritativo), no toda locura es una “manía” creativa o vital: hay una que sube de los infiernos cada vez que las Furias lanzan su cabellera de serpientes y su mirada siniestra al mundo. Ésta es dolorosa y maligna: despierta la fiebre de la guerra, la sed de oro y del neg-ocio (negación del ocio), la dominación, el crimen y las aterrantés alucinaciones o delirios que llevan clavadas las saetas del remordimiento. Rulfo también estuvo atrapado en algún instante de su existencia en el tipo de

pesadillas y fantasmagorías que pululan sin cesar a lo largo de su texto. Juan Preciado o Juan Pérez fue obligado a cargar las culpas ajenas hasta que se le “heló la sangre” y murió de terror y desesperanza. Veamos cómo este mismo protagonista relata su caída inicial — ¿ascenso o descenso? (nunca nos enteramos si está cuesta arriba o hacia abajo) — a la hondonada infernal de Comala durante el mes de agosto, cuando sopla el aire caliente y se respira un olor envenenado:

Yo imaginaba ver aquello a través de los recuerdos de mi madre [...]. El camino subía y bajaba: ‘Sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube; para el que viene, baja’ [...]. Caminábamos cuesta abajo, oyendo el trote rebotado de los burros. Los ojos reventados por el sopor del sueño, en la canícula de agosto [...]. En la reverberación del sol, la llanura parecía una laguna transparente, deshecha en vapores por donde se traslucía un horizonte gris. Y más allá, una línea de montañas. Y todavía más allá, la más remota lejanía.⁴⁴

Giuseppe Bellini en una revista sobre la novela hispanoamericana se preguntaba por la “Realidad e irrealidad en *Pedro Páramo*”⁴⁵, una multitud de estudiosos han sentido inquietud por el realismo mágico de Rulfo, por su trasmundo y su expresión artística. A mí me inquietan las relaciones entre su arte y sus locuras (la buena y la mala), y, si bien he destacado cómo reflejó los delirios de Baco y, de esta manera, pudo conjurarlos, reconozco que, como la mayoría de los escritores, nunca pudo alcanzar el humor. Éste es una forma de juego del yo que, bajo la apariencia de chanza, trata asuntos trascendentales o que lo han afectado dolorosamente: es el yo ejerciendo el derecho a divertirse. Humor es saber reírse de los propios males y así aminorarlos.

Desde el lugar que ocupo en la caverna permítanme imaginar que si Rulfo se hubiera apropiado del humor negro, habría escrito una novela corrosiva de la psicosis. Desconozco si sería tan extraordinaria o loca de remate como *Pedro Páramo*; pero Juan Pérez Rulfo, como Perseo, le habría cortado la cabeza a la Furia y quizás aún nos acompañaría.

⁴⁴ Cit. p. 65 y 66.

⁴⁵ Bellini, Giuseppe. *Il laberinto mágico*. Milán, Editorial Cisalpino Goliárdica, 1973, p.17-52.